8871

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

POR

UN AGUJERO,

DISPARATE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

DE

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

12

POR UN AGUJERO.

OBRAS CÓMICAS

DE

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

Un sarao y una soirée, caricatura de costumbres dividida en dos láminas, original y en verso. [1]

¿Silba ó aplausos? juguete cómico en un acto, original y en verso.

La cómico-mania, boceto de malas costumbres, en tres cuadros, original y en verso. [2]

No mas ciegos, juguete lírico en un acto, y en prosa. [3]

En la confianza está el peligro, proverbio en un acto y en prosa. [4]

Belenes, escenas originales de la vida de un soltero, coleccionadas en tres actos.

El libro azul, comedia en un acto y en prosa.

La Viuda de Rodriguez, comedia en un acto y en prosa.

Por un agujero, disparate cómico en un acto, original y en prosa.

LIBROS.

Los neos en calzoncillos.
El quitapesares.
El libro verde.
El Hazmereir.
Cancionero de obras de burlas.

---

1 En colaboracion con el Sr. Ramos Carrion, y música de Arrieta.

2 Idem, idem, con el Sr. Saco. 3 Idem, idem, idem. 4 Idem, idem, idem.

POR UN AGUJERO,

DISPARATE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

DE

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

Estrenado con gran aplauso en el Teatro Romea la noche del 16 de Abril de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	SRTA. PEREZ-CACHET.
AMANDO	SR. PEREZ-CACHET.
CASCARILLA	SR. BANOVIO.

Accion contemporánea.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

La escena está dividida en dos partes iguales. Á la derecha el cuarto de Amando, en el que habrá una mesa con recado de escribir, arrimada al tabique divisorio. En este tabique habrá un antiguo agujero de estufa, tapado con el retrato del general Bum-Bum. Puerta al fondo y lateral. Sillas, etc., etc. En el cuarto de la izquierda, ó sea el de Cascarilla, habrá una cómoda arrimada al tabique y paralela á la mesa que hay en la habitacion de Amando. En segundo término una chimenea: puerta al fondo y lateral. Un sofá, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

AMANDO y CASCARILLA. Cada uno en su habitacion.

Al levantarse el telon, Amando procura hacer por medio de una barrena un agujero en el tabique divisorio. D. Silvestre entre tanto aparece en mangas de camisa y tirando del cordon de una campanilla.

AMANDO. Hombre, bueno! ya he roto la segunda barrena, pero felizmente las tengo por junto. Tomemos otra.

CASC. Pues, señor, hace media hora que estoy llamando, y todavía no ha aparecido ningun criado. No he visto fonda como esta en todos los dias de mi vida. Y vean ustedes lo que son las cosas; mi mujer, siempre que viene á Madrid, se hospeda en ella, porque dice que

670065

aquí se vive muy bien. (Tira de nuevo de la campanilla.)

AMANDO. (Que continúa barrenando el tabique.) Estoy sudando! este maldito tabique es de ladrillo, y cada vez me cuesta más adelantar un poco en mi trabajo.

CASC. Pongámonos la corbata á ver si entre tanto llega ese maldito criado. (Se la pone al espejo.)

AMANDO. Oh, amor! tú eres la causa de todo esto. Dos horas llevo taladrando el tabique, y todo ¿para qué? para ver al ángel de mis sueños que habita en el cuarto vecino.

CASC. Ahora el chaleco. (Se pone el chaleco.)

AMANDO. Hace cuarenta y ocho horas poco más ó ménos, que tropecé en la escalera con el ángel en cuestion. Qué pié! qué mano! qué ojos! Ah! cuando recuerdo sus perfecciones, mi corazon late con una violencia que me asusta.

CASC. Y mis botas? dónde diablos las habrán puesto?

AMANDO. Por obtener esa hermosura, daría cuanto poseo. Vamos, bien, ya he roto otra barrena.

CASC. Ah! ya las veo, están allí! (Toma las botas, y para ponérselas se apoya en el tabique, por la parte en que Amando está haciendo el agujero.)

AMANDO. Deseoso de saber quién era mi bella desconocida, corrí á verlo en el registro de la fonda y leí: «Número siete: »el señor Cascarilla, comerciante en esponjas, y la »señora Cascarilla, su esponja, digo no, su esposa.» ¿Comprenden ustedes lo que pasó por mí? Ella, el ídolo de mi corazon, era una mujer casada; oh fatalidad! (Volviendo á su trabajo.) Pues señor, el tabique está ya casi taladrado. La barrena se introduce por el agujero con suma facilidad.

CASC. (Al sentir que la barrena le penetra en los riñones.) Ay! (Pega un salto y cae sobre el sofá. Despues se levanta vivamente: tiene puesta una bota y la otra en la mano.)

AMANDO. (Al oir el grito.) Eh? (Retira la barrena y mira por el agujero.) Ah! es el marido.

ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

LUISA. ¿Qué sucede, papá, por qué gritas tanto?

AMANDO. Pues señor, como mientras esté ahí el marido no puedo hacer nada, voy á dar una vuelta para ver si entre tanto se marcha. (Váse.)

CASC. Ay!... qué dolor!

LUISA. Pero ¿qué tienes?

CASC. (Frotándose los riñones.) Poca cosa, figúrate que al ir á ponerme las botas, me apoyé en ese maldito tabique, precisamente en el sitio donde hay un clavo, el cual se me ha introducido en los riñones. (Se pone la otra bota.)

LUISA. (Tocando el tabique.) Un clavo! pues no lo veo.

CASC. Busca con detenimiento, porque estoy seguro de ello.

LUISA. (Ap.) (Qué miro! un agujero! ¿Será hecho por él?)

CASC. ¿Qué dices?

LUISA. Nada, papá.

CASC. (Mirando el reloj.) Diablo! no me queda ni un momento que perder: Luisa, hija mia, ayúdame á ponerme la levita; hace un cuarto de hora que debía estar en la calle de Jacometrezo, en casa de mi corresponsal. Tengo que ver unas esponjas llegadas de París. En cuanto despache volveré: ah! no olvides que tenemos que ir luégo á esperar á tu madre.

LUISA. Conque por fin viene mamá!

CASC. Eso es lo convenido; tú sabes que al salir de Toledo con direccion á Madrid, tu madre quedó en reunirse conmigo en esta fonda, en cuanto dejase corriente algunas cosas de nuestra casa. Así es, que al llegar yo aquí hice poner en el registro: «El señor Cascarilla y su esposa.» Figúrate mi sorpresa, cuando en vez de tu madre, te veo entrar al dia siguiente por la puerta.

LUISA. Mamá me envió para decirte que por ahora no podía venir á Madrid, pues los negocios reclamaban su presencia en casa.

CASC. Cierto, pero despues he recibido un parte, en el que me anuncia que todo queda arreglado y que esta noche se reunirá á nosotros. Á propósito, ¿tú sabes por qué tiene tu madre tanta predileccion por esta fonda?

LUISA. Cuando estuvo en Madrid hace dos meses, me escribió que aquí la trataban muy bien, y que había una sociedad bastante agradable y escogida.

CASC. Hum! hum! (Ap.) (Cuando una mujer casada, viaja sola y encuentra una sociedad agradable y escogida .. es seguro que el marido no es del mismo parecer.) (Luisa mira por el agujero.) Qué es lo que miras?

LUISA. (Sorprendida.) Ay! he creido ver un raton!

CASC. (Subiéndose sobre el sofá.) Demonio! ¿un raton? pues es lo único que nos faltaba.

ESCENA III.

LOS MISMOS y AMANDO, que entra en su cuarto.

AMANDO. Héme aquí otra vez: no puedo pasar cinco minutos léjos de donde habita mi encantadora vecina.

LUISA. No temas, papá; el raton ha desaparecido por una rendija.

CASC. Veo que será conveniente comprar una ratonera. (Se baja del sofá.)

AMANDO. Cuando pienso que está casada, me pongo furioso. Ah! si el desatar los lazos que la unen para siempre con otro hombre me costase tan poco como romper esta silla! (La arroja al suelo.)

LUISA. (Ap.) (Ese ruido... debe ser él.)

CASC. Tambien el vecino que tenemos es una ganga! No le deja á uno gozar de un momento de tranquilidad. Y qué feo es!

LUISA. Sin duda le equivocas con otro, porque el jóven que habita el cuarto inmediato, es muy simpático.

CASC. Vosotras á cualquier cosa con pantalones llamais simpático. Me marcho; ah! mi cartera. (Saca una.) Veamos si llevo todas las facturas.

AMANDO. (Que habrá estado mirando por el agujero.) Ahí están los dos. Si yo me atreviese, insultaría al marido, nos batiríamos, y despues de darle muerte me casaría con la mujer. Pero es el caso que no me atrevo. Yo tengo sangre de tigre y de conejo: la de tigre me dice: adelante, no te acobardes; pero la de conejo me está siempre tirando de los faldones de la levita. Decididamente, tengo más de conejo que de tigre.

CASC. Demonio! me faltan tres facturas! Si estarán en la cómoda? (La abre.)

AMANDO. Ah! qué idea! Voy á escribirla. (Se sienta delante de la mesa y escribe.) «Señorita, hace cuarenta y ocho horas, trece minutos y quince segundos, que mi corazon...» (Hablado.) No, no; este estilo es ya muy comun. (Rompe el papel.) Además, me parece mejor declararme verbalmente; de ese modo no corro el peligro de que el marido se apodere de la carta, y ¡sabe Dios lo que ganaré no escribiéndola. Ah! qué idea! Vean ustedes si soy fecundo en ideas. Ya tengo otra y es mucho mejor que la primera. Corro á ponerla en ejecucion. (Váse.)

CASC. Nada, no están tampoco en este mueble. ¿En dónde diablos las habré puesto?

LUISA. Pero ¿qué es lo que buscas, papá?

CASC. Tres facturas que me faltan; ¿no te lo he dicho ya?

LUISA. Tal vez estén en tu cuarto.

CASC. Es muy posible. Voy á ver. (Mutis por la lateral.)

ESCENA IV.

LUISA, despues AMANDO.

LUISA. (Al ver que se ha marchado su padre.) Ya puedo mirar por el observatorio. (Mira por el agujero.) No veo á nadie. ¿Se habrá marchado ya?

AMANDO. (Entra en la habitacion de Cascarilla, disfrazado de mozo de la fonda. Trae puesto un mandil, una peluca, un gorro blanco y un plumero en la mano.) Héme aquí. Me parece que me he disfrazado bien! (Mirándose al espejo.) Ya lo creo;

ni mi padre me reconocería... verdad es que jamás me conoció.

LUISA. (Mirando por el agujero.) Por más que miro, no veo nada.

AMANDO. (Sin ver á Luisa.) No hay nadie; pero hace un momento que estaban aquí. (Viendo á Luisa.) Ah!

LUISA. Quién anda ahí? (Se vuelve y encuentra delante de sí á Amando.)

AMANDO. Soy yo!

LUISA. Usted...

AMANDO. (Cayendo de rodillas.) Sí, ángel mio!

LUISA. Qué atrevimiento! Un criado de la fonda!

AMANDO. Oh! señora! ¿No me conoce usted? (Se quita la peluca y el gorro.)

LUISA. (Reconociéndole.) Es él!

AMANDO. Sí, señora, yo soy. (Vuelve á ponerse la peluca.)

LUISA. Pero ¿á qué viene ese disfraz?

AMANDO. Es para poderme aproximar á usted, para poder arrojarme á sus plantas y decirla cuánto la amo!

LUISA. ¿Qué dice usted, caballero? Yo no puedo escucharle, hágame usted el obsequio de levantarse y...

AMANDO. No y cien veces no. Yo permaneceré en esta posicion, hasta lograr que usted corresponda á los sentimientos que me ha inspirado. ¿Qué importa que padezca mi pantalon, que se le formen rodilleras, si consigo de esa linda boca...

CASC. (Dentro.) Luisa! Luisa!

AMANDO. Se llama usted Luisa... ¡oh felicidad!

LUISA. Cielos! Márchese usted, caballero, se lo suplico.

AMANDO. (Levantándose.) Pero...

LUISA. (Viendo entrar á su padre.) Ah! ya es tarde.

ESCENA V.

DICHOS, CASCARILLA.

CASC. Luisa? querrás creer que tampoco están las facturas en mi cuarto? (Viendo á Amando.) Pero ¿quién es este mamarracho?

LUISA. (Ap.) (Dios mio!... si le reconocerá?)

CASC. (Á Amando.) Responde, ¿quién eres?... ¿qué haces aquí?

AMANDO. Yo, señor, soy un criado de la fonda, y venía á sacudir el polvo á los muebles. (Ap.) (Á tí sí que te sacudiría yo, viejo estúpido.)

CASC. Ah! ¿conque vives aquí? me alegro infinito. Pues mira; pasa á esa habitacion y arréglala, porque está bastante desordenada.

AMANDO. Muy bien, caballero, muy bien. (Ap.) (Oh! amor! amor!... cuántas cosas obligas á hacer á tus súbditos!) (Váse.)

LUISA. (Ap.) (¡Cuánto debe quererme! Disfrazarse por mí!)

ESCENA VI.

CASCARILLA y LUISA.

CASC. No me agrada ese muchacho.

LUISA. (Ap.) (Pues á mí sí.)

CASC. Tiene una cara de estúpido!... ¿No te parece?

LUISA. Yo no me he fijado. (Ruido de vajilla rota.)

CASC. Ese ruido!... ¿Habrá sido capaz ese bárbaro de romper alguno de los objetos que he comprado? (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

LUISA, AMANDO, y luégo CASCARILLA.

LUISA. ¿Qué habrá ocurrido?

AMANDO. (Entra corriendo.) Amor mio!

LUISA. ¿Qué ha hecho usted?

AMANDO. Oh! no tenga usted ningun cuidado. He roto con intencion parte de la vajilla que había en ese cuarto, para tener el gusto de hablar con usted mientras ese caballero recoge los pedazos. Oh! señora! Usted no sabe hasta qué punto la adoro; mi corazon desde el momento en que la conocí da trescientos cincuenta y siete latidos por minuto!...

LUISA. Dios mio, la vajilla que acaba de comprar!

CASC. (Saliendo.) ¿Dónde está ese canalla? (Cogiéndole.) Ah bribon!... ahora mismo vas á pagarme todo lo que has roto, ó te hago tantos pedazos como...

AMANDO. Caballero, no apriete usted.

CASC. Que no apriete! Ahora verás. ¿Pagas ó no?

AMANDO. No.

LUISA. (Interponiéndose.) Por Dios, papá! Si lo ha hecho sin intencion.

CASC. Pues sin intencion voy á romperle unos cuantos huesos.

AMANDO. Usted á mí?

CASC. Á tí, bribon.

AMANDO. Eso lo veremos.

CASC. Pues ya lo ves. (Cascarilla coge por la peluca á Amando, éste se retira y deja el gorro y la peluca entre las manos de aquel.)

LUISA. Cielo santo!

CASC. El vecino!

AMANDO. (Huyamos.) (Escapa por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

CASCARILLA y LUISA.

CASC. ¿Qué significa esto? el vecino disfrazado de mozo de fonda! Luisa! Sabrás explicarme...

LUISA. Yo no sé nada, papá!

CASC. (Hablando consigo mismo.) ¿Á qué habrá venido? ¿Será por mi hija ó por el dinero que tengo en mi secreter? Este ataque nocturno en pleno dia me ha puesto en cuidado. Y como Madrid está ahora plagado de ladrones!

LUISA. ¿Qué hablas de ladrones, papá?

CASC. Nada, pero ese jóven...

LUISA. ¡Qué locura! ¿Piensas acaso que sea un ladron?

CASC. Y eso ¿qué tendría de extraño? Por sí ó por no, voy á dar parte.

LUISA. No hagas semejante disparate.

CASC. Veo que te interesas demasiado por una persona á quien no conoces.

LUISA. No lo creas; lo que sí quiero es que se te quite de la

cabeza la sospecha que abrigas. Ese jóven me parece un loco más que otra cosa.

CASC. ¿Loco?

LUISA. (Ap.) (Por mí.) (Alto.) Yo eso me figuro.

CASC. Puede que tengas razon. (Mirando el reloj.) Qué barbaridad! La una! Ya mi corresponsal debe estar trinando con mi tardanza.

LUISA. Qué?... te vas?

CASC. No tengo otro remedio: dame mi baston y mi sombrero. (Luisa se lo da.) Para que el loco, como tú crees, no te moleste durante mi ausencia, voy á dejarte encerrada: así me iré más tranquilo.

LUISA. Como gustes.

CASC. Yo tengo gran confianza en tí, hija mia; pero te encierro, porque esto me parece más seguro. Vaya, adios, en seguida vuelvo. (Sale y cierra la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

LUISA, y despues AMANDO.

LUISA. Papá sospecha de ese jóven... ¡y yo que iba á confesárselo todo! Ay, nunca me atreveré.

AMANDO. (Entrando en su habitacion.) Oculto en un oscuro rincon, por temor á la furia del marido, he permanecido hasta ahora que le he visto salir. Monstruo! encerrar á su víctima! pero yo no renuncio á su conquista. (Da un puñetazo sobre la mesa.)

LUISA. Ya está en su cuarto.

AMANDO. Cuando uno se llama Amando y se ha nacido bajo el ardiente cielo de Andalucía, debe arrostrar por todo. (Da otro puñetazo en el tabique.)

LUISA. Esa seña! sin duda quiere hablarme, respondámosle. (Golpea el tabique con la mano.)

AMANDO. Qué oigo! ella me llama! Oh fortuna! (Se sube sobre la mesa y arrima el oido al tabique.) Señora! está usted ahí?

LUISA. ¿Eh?

AMANDO. Ya he visto que se ha marchado ese bribon de marido.

LUISA. (Sin entenderle.) ¿Que es necesario tomar un partido?

AMANDO. Oh! yo le odio á muerte!

LUISA. ¿Que tiene usted mala suerte?

AMANDO. Y si usted corresponde á mi cariño...

LUISA. ¿De qué niño habla usted?

AMANDO. (Sin comprender.) ¿Eh?

LUISA. (Id.) ¿Qué decía usted?

AMANDO. (Gritando.) Decía que esto no puede quedar así.

LUISA. (Id.) ¿Que no puedo quedarme aquí?

AMANDO. Es necesario acabar con él.

LUISA. Cómo!

AMANDO. Y si usted accede á lo que voy á proponerla, seremos muy dichosos.

LUISA. ¿Que va usted á tirarse al pozo?... Oh! no haga usted tal cosa!

AMANDO. Qué dice? (Se baja de la mesa.) Es imposible seguir hablando de esta manera, porque no nos entendemos. Ah! ¡qué idea! Ese agujero de la estufa que descubrí el otro dia detrás del retrato del general Bum-Bum, puede servirnos en esta ocasion. (Descuelga el retrato y lo coloca sobre el sofá.) Gracias, mi general. (Se sube de nuevo sobre la mesa.)

LUISA. (Escuchando.) (No le oigo...) No tiene usted más que decirme?

AMANDO. (Por el agujero.) Chits! chits!...

LUISA. (Mirando á todos lados.) Cualquiera creería que me llamaban.

AMANDO. Soy yo.

LUISA. Pero... ¿dónde está usted?

AMANDO. En el aire.

LUISA. En el aire? ¿Y cómo?

AMANDO. Hija, yo soy un *espíritu... tuo*. Mire usted, mire usted si penetro. (Introduciendo el brazo por el agujero.)

LUISA. ¡Qué ocurrencia!

AMANDO. Por esta ventana podemos comunicarnos.

LUISA. Es usted el demonio.

AMANDO. Sobre una mesa. Si usted pudiera ascender hasta mi categoría, valiéndose de un medio análogo...

LUISA. Ay, no, no; yo no me atrevo.

AMANDO. Veo que es usted muy tímida.

LUISA. Una mujer es muy diferente de un hombre.

AMANDO. Esa es una verdad desde la creacion.

LUISA. Ademas, semejante subida es indecorosa para una jóven.

AMANDO. ¿Teme usted á los terrenales observadores?

LUISA. Ah, nunca me atrevería... porque aunque accediera á ello... diga usted, ¿y si me cayese?

AMANDO. Hija mia, ¿para qué estoy yo en el mundo más que para levantar á usted? El hombre es el fiel apoyo de la mujer, débil y espiritual criatura, formada de una costilla de su compañero...

LUISA. Ya he pensado el medio de...

AMANDO. ¿De formar á la mujer?

LUISA. No, señor, de elevarme hasta usted.

AMANDO. Ah! deliciosa y amabilísima costilla!

LUISA. No anticipe usted juicios. (Coloca una silla al lado de la cómoda y sube sobre esta.)

AMANDO. ¿Va usted comprendiendo todos los encantos, toda la novedad de unos amores aéreos?

LUISA. ¡Si viera usted cómo me acuerdo de mi mamá en este momento!

AMANDO. Pues no encuentro la analogía.

LUISA. Sí, señor, mi mamá me encarga frecuentemente que no levante los ojos del suelo.

AMANDO. Vamos, la vista querrá decir.

LUISA. Es claro.

AMANDO. ¿Pero á que no le ha encargado á usted su mamá que domine los sentimientos de su corazon?

LUISA. No, señor, al contrario.

AMANDO. ¿Lo ve usted? Además, usted puede continuar mirando al suelo á pesar de su elevacion. Caramba! no la veo á usted más que media cara.

LUISA. ¡Cómo ha de ser!

AMANDO. Si yo pudiera agrandar este agujero... dar más luz á esta habitacion y verla á usted siquiera de medio cuerpo!

Ah! qué idea! vuelvo en seguida. (Se baja de la mesa, y sale por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

LUISA, sobre la cómoda y CASCARILLA.

CASC. (Abre la puerta, y entra trayendo en las manos una ratonera y un lio de papel bastante voluminoso.) Pues señor, aquí está ya todo...

LUISA. Ay! papá!...

CASC. Calla! ¿qué haces ahí, hija mia? (Dejando el sombrero y el baston en una parte y los demás objetos en otra.)

LUISA. Yo?... conque yo? Pues... bien fácilmente se comprende.

CASC. Se comprende...

LUISA. Tenía mucho frio en los piés...

CASC. Sí; pero una cómoda no es un calentador.

LUISA. Y luégo... tenía... mucho miedo.

CASC. Miedo ¿de qué?

LUISA. Papá, he visto al raton...

CASC. Al raton, ¿eh? Pero sabías que yo iba á traer una ratonera.

LUISA. ¡Toma! Se estaba paseando cómicamente por la habitacion.

CASC. El raton es el animal más desvergonzado que conozco.

LUISA. Ay! sí, señor.

CASC. Vamos, serénate, hija mia, serénate, y baja con cuidado no te vayas á romper alguna cosa. Cobarde!...

LUISA. (Ap.) (Cómo le avisaré?) (Tose.) Ejem! ejem!

CASC. Cuidado, apóyate en mí, y no saltes con mucha violencia.

LUISA. Sí, si voy... ¡Ejem! ¡Ejem! (Bajando.)

CASC. ¿Te has resfriado? es natural; has cambiado de atmósfera. Vamos, mujer, no te asustes, y vé á ponerte el sombrero, que vamos á buscar á tu madre. (Luisa se baja y váse. El padre se dirige á la cómoda, abre uno de los cajones y saca un paquete de facturas.)

ESCENA XI.

CASCARILLA y AMANDO, que entra en su cuarto con un hacha en la mano.

AMANDO. Pues señor, aquí está el instrumento; vamos á ver si agrando la brecha y... Al asalto! (Sube sobre la mesa y da dos ó tres golpes, que hacen caer algunos pedazos de yeso al otro lado.) ¿Dónde está? (Mirando por el agujero.) No la veo á usted.

CASC. ¿Quién habla? Ah! el malhechor! (Encierra las facturas precipitadamente.)

AMANDO. La ventana se ha convertido en balcon. ¿Eh? ¿qué le parece á usted? Ahora nos veremos las caras...

CASC. (Cree que habla con mi hija. Ahora comprendo los ejercicios gimnásticos de Luisa. Se entienden!)

AMANDO. No tenga usted miedo y vuelva á subir; ahora está usted libre de ese mamarracho que la tiraniza.

CASC. (Furioso.) (Mamarracho! Yo te daré á tí el mamarracho.) (Busca un baston.)

AMANDO. ¿No me amas?

CASC. (Ap.) (Pues ya lo creo. Ahora verás.)

AMANDO. Habla, ángel mio; me basta una sola palabra... una prenda de tu cariño. ¡Sería yo tan feliz estrechando tu manecita entre las mias... Prueba, prueba á ver si alcanzas con tu mano.

CASC. Toma! toma la manecita, pichon. (Le da un bastonazo.)

AMANDO. Dios mio, la fiera! (Echándose abajo de un salto.)

CASC. (Dejando el baston y subiendo sobre la cómoda.) Estoy yo aquí para contener tus excesos. Has tropezado con el mamarracho, y esa no ha sido más que la primera entrega; yo me comprometo á repartirte toda la obra, Tenorio de contrabando.

AMANDO. (Disimulemos.) (Coge el retrato del general y rompiendo el lienzo, coloca su cabeza en el sitio que ocupaba la del retrato.)

CASC. (Asomándose por el agujero.) Un general en su casa! Veo que es hombre de buena sociedad. (Amando estornuda.)

Dios le ayude á usted!... Ah! eres tú, infame?

AMANDO. (Arrojando el lienzo.) Buenas tardes, vecino. Tenga usted la bondad de tomar asiento.

CASC. Basta de burlas.

AMANDO. Cúbrase usted.

CASC. (No tengas cuidado, que ya te cubriré yo á ti de coscorrones.)

AMANDO. Nada, con franqueza.

CASC. ¿Qué estaba usted haciendo?

AMANDO. No lo recuerdo en este instante.

CASC. ¿Con quién hablaba usted?

AMANDO. Yo tengo la costumbre de hablar solo.

CASC. Esa jóven me toca muy de cerca.

AMANDO. Hombre, ¡por Dios!... No avergüence usted á su señora.

CASC. Mi mujer, sí, mi mujer... ¿Con qué derecho se permite usted galantearla?

AMANDO. ¿Y con qué derecho se atreve usted á hacerme esa pregunta?

CASC. ¡Cómo se entiende!

AMANDO. Entiéndalo usted como le dé la gana, como pueda; usted no está obligado á tener entendimiento.

CASC. Usted la hacía proposiciones inmorales desde este mismo agujero.

AMANDO. Pues si eran desde este agujero, no tiene usted por qué inquietarse.

CASC. Responda usted categóricamente.

AMANDO. Bien, hombre, bien, no se enfade usted; yo le daré explicaciones que... Desde este lado parece su cara de usted una luna llena.

CASC. ¡Caballero!

AMANDO. Pues bien, apreciable vecino, hay ojos que no ven, oidos que no oyen... ¿ha leido usted la Biblia?

CASC. No trate usted de desorientarme!

AMANDO. (Ap.) (Es un dromedario!) (Alto.) Hay ojos que no ven, oidos que no oyen; y usted no disfruta ahora de ese privilegio. Yo hablaba, sí, señor, yo hacía proposicione

más ó ménos admisibles á una mujer encantadora, á una preciosa mujer que ocupaba esa habitacion ántes de la llegada de usted y su esposa.

CASC. ¿Cómo?

AMANDO. Ahí tiene usted la solucion de la charada. ¿Usted no se equivoca nunca? pues yo sí, señor; yo me equivoco muchas veces. Si usted supiera las cartas que he perdido en el juego!

CASC. No se trata del juego.

AMANDO. ¿Está usted ya satisfecho? Creo que un caballero como usted no me inferirá la injuria de dudar de mis palabras. Si fuera otra cosa lo mismo se lo diría á usted; porque yo no temo á nadie, á nadie, absolutamente... ¿Eh? ¿se ha nublado usted? (En este momento Cascarilla ha separado la cara del agujero y medita.) (¡Canario!... ¿Si me tirará alguna cosa?)—Vecino!

CASC. Jóven!... (Asomándose de nuevo.)

AMANDO. Gracias á Dios que amanece. Su cara de usted me es muy cara en estos momentos.

CASC. Dígame usted, ¿esa señora era de Madrid?

AMANDO. No, señor, de provincias.

CASC. ¿Cómo de provincias? Tenga usted la bondad de precisar el lugar de su nacimiento.

AMANDO. ¿De mi nacimiento?

CASC. Del de su amada... ¿Á mí qué me importa el de usted?

AMANDO. Su, es un posesivo, y usted le aplica como una docena de sanguijuelas. Veo con mucho dolor que para usted no existe la gramática.

CASC. Á usted no le importa. Dígame usted, ¿esa señora era de Toledo?

AMANDO. Precisamente. (Ap.) (Él mismo me ayuda á forjar el cuento.)

CASC. ¿Y vivía sola en esta habitacion?

AMANDO. Hombre, completamente sola, no, señor, porque yo solía charlar con ella desde esta tronera y... mire usted, hasta me permitía entrar en su cuarto.

CASC. Cómo?

AMANDO. Por la puerta.

CASC. ¿Esa infeliz le habló á usted de su estado?

AMANDO. Sí, señor, estaba en una posicion muy desahogada.

CASC. (Furioso.) No digo eso.

AMANDO. Pues, hombre, hable usted en castellano y nos entenderemos.

CASC. ¿Usted no sabe si era casada?

AMANDO. Ah, sí, señor, lo confieso. (Ap.) (Adelante.)

CASC. (Ap.) (No cabe duda; por eso mi mujer no quería hospedarse en otra fonda!) (Bajando de la cómoda.) Esto es inícuo!

AMANDO. Ya ha vuelto á eclipsarse! Este hombre se ha propuesto hacer alguna barbaridad. Veamos; en todo caso, mejor es saber á qué atenerse. (Se baja, coge el hacha y vuelve á subir.)

CASC. (Sube precipitadamente encima de la cómoda: ambos van á asomarse y se dan un coscorron.) Diga usted, ¿en qué época estuvo aquí esa señora?

AMANDO. ¡Ay!

CASC. ¡Ay!

AMANDO. (Ap.) (Qué barbaridad!) (Alto.) Usted dispense, pero su cabeza es de mampostería. Conque, en qué época? pues mire usted, en... sí, próximamente... no me acuerdo.

CASC. ¿Hará dos meses?

AMANDO. Efectivamente, una cosa así. (Ap.) (Él se lo dice todo.) (Cascarilla baja precipitadamente.) Vecino! hombre, ¿se ha caido usted?

CASC. Es indudable!... ¿conque este zascandil es mi rival?

AMANDO. Otro momento de silencio! Me pondré en guardia. (Separándose del agujero y levantando el hacha.)

CASC. (Subiendo otra vez.) Diga usted, ¿esa señora permaneció en este cuarto por espacio de veinte dias?

AMANDO. Y algunos céntimos más.

CASC. (Ap.) (La misma!) (Bajando de un salto.)

AMANDO. (Le coge la peluca y se queda con ella en la mano.) Pero, hombre, que se va usted á matar. Eh? qué es esto? una tela de araña?

CASC. Yo que le suponía un ladron, y un aspirante á yerno, y... todo, todo, ménos lo que... Dios mio! Dios mio! (Llevándose las manos á la cabeza.) Eh? dónde está mi peluca?

AMANDO. Se la ha dejado usted aquí arriba, hombre; como ha caido usted con tanta velocidad, no ha podido llegar todavía. (Dejándola caer.)

CASC. Caballero! Caballero! (Recoge la peluca y se la pone.) Usted ha sembrado la duda en mi existencia primeramente; despues... oh! despues ha iluminado usted mi entendimiento, y mi venganza será horrible. Tengo que hablar á usted á solas. ¿Dónde está mi baston?... (Le coge.)

AMANDO. Pero señor ¿en qué habré yo pecado para este hombre? Yo que juzgaba que daría crédito á mi historia!

CASC. Ahora nos veremos. Tiemble usted. (Sale precipitadamente por el foro.)

AMANDO. Cáscaras! (Se baja de la mesa.) Construiré una barricada. (Coloca la mesa y varias sillas delante de la puerta. Despues toma el cuadro á manera de escudo y enarbola el hacha.)

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA, en su habitacion.

CASC. (Entrando en la habitacion de Amando.) Voy á beber tu sangre, miserable.

AMANDO. Caníbal!

CASC. Seductor! Monstruo!

AMANDO. Viejo espantajo! corazon de marmolillo!

CASC. (Dirigiéndose á Amando. Todo esto muy rápido.) Hum!!

AMANDO. Parece un perro de presa! Agur. (Sale corriendo y cierra con llave la puerta del foro. Cascarilla, golpea en ella.) Que pase usted buena noche! voy á dar parte para que le trasladen á la casa de fieras!

CASC. Cobarde! Abre esta puerta!

AMANDO. Ya le echaremos á usted la comida por medio de un aparato.

LUISA. (Entrando en su habitacion.) Pero ¿qué es esto? ¿qué sucede?

AMANDO. (Entrando.) Ya estoy en salvo, gracias á mis piés.

LUISA. ¿Qué ruido es ese? Ah!

AMANDO. No se asuste usted, hija mia, es que he luchado con un elefante y he conseguido encerrarle.

LUISA. Un elefante!

AMANDO. Sí, su esposo de usted.

LUISA. Mi esposo! Caballero! esto ya es demasiado.

AMANDO. Pues qué quería usted, ¿que me dejara destrozar por esa fiera?

LUISA. Salga usted inmediatamente, ó gritaré y...

AMANDO. Preciosa mujer, dejémonos de escrúpulos y huyamos, (Deteniéndola cuando intenta salir.) huyamos de ese monstruo; lejos de aquí no te verás expuesta como ahora á la muerte prematura que te amenaza.

LUISA. Déjeme usted... ¡Socorro!

AMANDO. No grite usted, hija, que vamos á dar un espectáculo.

CASC. No puedo abrir! imposible! (Forcejeando. En seguida aproxima la mesa al tabique y se sube en ella.)

AMANDO. Nos iremos al polo norte, siguiendo el itinerario de Julio Verne.

LUISA. ¡Cállese usted!

CASC. (Desde el agujero.) ¡Que no tuviera una ametralladora!

AMANDO. Hola! ¿Contempla usted el mundo á vista de pájaro?

CASC. Tiembla, canalla! tus momentos están contados. Sálvame, hija mia, sálvame, necesito reivindicar el honor de tu madre y mi esposa, que es el mio!

AMANDO. Pero hombre ¿qué laberinto está usted armando ahí?

LUISA. Pero papá ¿qué dice usted?

AMANDO. Papá! papá! ¿Conque no es usted su mujer? ¡Oh felicidad! (Abrazándola)

LUISA. ¡Caballero!

CASC. Una escopeta para cazar á ese hombre! (Tirándole un pedazo de yeso.)

AMANDO. Qué fortuna la mia!

LUISA. Apártese usted, caballero.

AMANDO. Digo, la nuestra.

CASC. Grita, hija mia, grita. ¡Socorro!

AMANDO. Hombre, no sea usted atroz. Tarará!... (Imitando el toque de corneta, invitando á parlamentar.) Parlamentemos.

CASC. (Tirándole otro pedazo de yeso.) Guerra á muerte!!

AMANDO. Hombre, suspenda usted el fuego y no sea... (En este momento Cascarilla le acierta con otro pedazo de yeso.) Ay! bárbaro! me veo en la dura necesidad de terminar la frase. Yo le pido á usted la mano de su hija.

CASC. Abuse usted de mi encierro; poco ha de durar esta situacion.

AMANDO. Le advierto á usted que yo amo á su hija, que ella me corresponde, que lo de la señora en cuestion ha sido un cuento, una excusa, en la creencia de que era esta señorita su esposa de usted.

CASC. No te creo.

AMANDO. Yo no he estado en mi vida en esta fonda ni he tenido el disgusto de conocer á su mujer de usted. Digo, la fortuna de...

CASC. En ese caso...

AMANDO. Luisa me ama. ¿No es verdad?

LUISA. Yo!...

AMANDO. Con franqueza.

LUISA. Sí.

AMANDO. Lo oye usted? Suplícale tú, mi querida Luisa, suplícale y procuremos ablandar ese corazon de acero.

LUISA. (Con timidez.) Papá!

AMANDO. (Grotescamente.) Papá!

CASC. (Id.) Papá!

AMANDO. ¿No le afecta á usted esa cariñosa palabra? Yo recuerdo haberla oido pronunciar á una loba marina, y me enternecia.

CASC. Y usted ¿quién es?

AMANDO. Un individuo que vive de sus rentas.

CASC. ¿De sus rentas?

AMANDO. Sí, señor; veinticinco pesetas, cien reales traducidos al idioma antiguo, ochocientos cincuenta cuartos...

CASC. ¿Anuales?

AMANDO. No, señor, diarios.

LUISA. Diarios!

CASC. Diarios! eso ya es otra cosa.

AMANDO. ¿Capitula usted?

CASC. Capítulo. Pero supongo que la historia de la señora de...

AMANDO. Ya le he dicho á usted que no pasa de ser una novela.

CASC. Entónces, ábrame usted.

AMANDO. El qué quiere usted que le abra.

CASC. La puerta.

AMANDO. Ah! sí, se me habia olvidado. Espere usted un momento.

CASC. ¿Qué?

AMANDO. Firme usted un documento que garantice su palabra.

CASC. Caballero!

AMANDO. (Escribiendo.) «Por la presente me obligo á entregar la mano de mi hija á Amando Rodriguez.» Allá van papel y pluma. (Subiendo sobre la cómoda.)

CASC. No se habrá firmado nunca un contrato de boda con tanta elevacion de miras. (Firma y devuelve el papel á Amando.)

AMANDO. Ahora tome usted la llave de la jaula. (Cascarilla baja, abre la puerta del foro y á poco entra en su habitacion.) Ah! vida mia, cuán feliz soy!

LUISA. Y yo.

CASC. Y yo.

AMANDO. Total: que lo somos todos.

CASC. Pero supongo que la novela de la señora provinciana...

AMANDO. Hombre, no sea usted terco. Ya estamos todos conformes y contentos. (Al público.) Digo, ustedes dirán si opinan lo mismo. Pero tengan presente, ántes de contestar, la siguiente moraleja:

«Á un señor, por silbar en el teatro,
le pisaron el callo veinte y cuatro;
á otro, que con estrépito aplaudía,
al año, le cayó la lotería.
Os dice la experiencia,
que el aplauso no tiene contingencia.

FIN.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1873.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
...io de Cármen	1	Villegas	Todo.
...capa rota	1	Segarra	»
...presento á mi mujer	1	Infante Palacios y García Vivanco.	»
...un agujero	1	Lustonó	»
...nn paraguas	1	N. N	»
...medias naranjas	2	Ramos Carrion y Campo-Arana	»
...sin corona	3	J. Alvarez Sierra	»
...mujer propia	4	Cárlos Coello	»
ZARZUELAS.			
...ra al extranjero	1	M. Cano y Cueto	Libro.
...reacion refundida	3	J. Rogel	Música

...DVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION las comedias ...n acto tituladas, *Las campanillas* y *Chiton*, y la mitad del libro de *Las ...s de Rosalia* y *Pablo* y *Virginia*, zarzuelas en un acto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacomatrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.